SAN ISIDORO DE SEVILLA EN LOS ESCRITOS DE MENÉNDEZ Y PELAYO [1]

El gran polígrafo español, don Marcelino Menéndez y Pelayo, apenas si se ocupó directamente del egregio doctor sevillano San Isidoro. La única obra en que de propósito trató de San Isidoro fué un discurso, leído en la Academia Hispalense de Santo Tomás de Aquino, en octubre del año 1881, e insertado más tarde en «Estudios de Crítica literaria», t. II, págs. 139-161.

Otras referencias, más o menos directas, sobre San Isidoro se encuentran en la «Historia de los Heterodoxos Españoles», t. III, cap. II, al hablar de la Iglesia visigótica, y en las «Ideas Estéticas», t. I, vol. 2.°, al tratar de las ideas estéticas de los Padres de la Iglesia española. También se encuentran curiosas observaciones sobre San Isidoro en los «Apuntes Taquigráficos de Historia crítica de la Literatura Española» tomados, por una mano desconocida, de las explicaciones de clase de Menéndez y Pelayo. Estos apuntes fueron publicados por M. Artigas en el BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ Y PELAYO, t. XI et sq. (1929 et sq.) Santander.

Claro está, que tales apuntes siempre están expuestos a notables defectos, inherentes al modo rápido e impreciso, muchas veces, de tomar las palabras del profesor. Esto no obstante, en alguna estima debía tener Menéndez y Pelayo tales notas, cuando conservaba una reproducción velográfica de las mismas en el estante en que guardaba sus obras impresas.

A pesar de esa relativa escasez de noticias sobre San Isidoro en las obras de Menéndez y Pelayo, todavía aparece en ellas claramente la grande estima y el alto significado cultural que para Menéndez y Pelayo tenía el gran Doctor hispalense.

---

1 El presente trabajo del R. P. José Ruiz Goyo, profesor de Historia Eclesiástica y de los Dogmas en la Universidad Pontificia de Comillas, estaba compuesto ya para el número de nuestro Boletín correspondiente al tercer trimestre de 1936 que no pudo publicarse bajo el dominio marxista. Como santa reliquia estampamos hoy estas líneas pertenecientes a uno de los numerosos mártires que el sacerdocio montañés dió a la Religión y a la Patria. Fué sacado del domicilio de una respetable familia santanderina, en donde se había refugiado, y asesinado en los primeros meses de la guerra.

San Isidoro es para el ilustre polígrafo montañés: 1. El transmisor de la cultura hispano-romana, cristianizada. 2. La mayor lumbrera de la Iglesia visigótica. 3. El forjador de la unidad entre godos y españoles. 4. El gran pedagogo y educador de la Edad Media.

EL TRANSMISOR DE LA CULTURA HISPANO-ROMANA CRISTIANIZADA

Menéndez y Pelayo era un entusiasta, podemos decir, un enamorado de la cultura clásica del mundo greco-romano. Basta hojear un poco sus obras para convencerse de ello.

«El armonioso conjunto de las ideas helénicas... que inspiraban y vivificaban secreta y cariñosamente toda obra de ingenio». [1] «Aquella nítida hermosura... (contemplada) a la luz purísima de las íntregas, sencillas, inmóviles y bienaventuradas ideas» (de Platón). [2] El arte griego templado siempre con la *sophrosyne* helénica, eran cualidades que hacían exclamar a Menéndez y Pelayo al leer los diálogos de Platón: «Si existe en lengua mortal algo más bello en loor de la eterna belleza declaro ingenuamente que no lo conozco». [3]

El elemento nuevo, que el pueblo romano añadió a la retórica y a la filosofía griegas fué «el arte y la ciencia de la vida política, de la ley y del imperio. *Tu regere imperio populos, Romane, memento*». [4] Menéndez y Pelayo confiesa de grado que los romanos carecieron de originalidad en el arte y en la filosofía; esto no obstante afirma que, además de sus legisladores, tuvo Roma *elegantisimos expositores*, si se quiere más sutiles y minuciosos que los griegos. Marco Tulio, Virgilio y Horacio, sobre todo este último, figuran entre sus predilectos autores.

* * *

Pero por grandes y magníficas que fuesen las obras de la cultura greco-romana, faltaban en ellas para un alma profundamente cristiana como era la de Menéndez y Pelayo un elemento capital; ese era el elemento sobrenatural. El arte y la filosofía greco-romanas eran solamente «los despojos que los israelitas se llevaron de los egipcios, figurados en el oro, la plata y las vestiduras preciosas, para caminar a la tierra de promisión». [5]

1 Ideas Est. t, I, 2 vol. I. p. 4.
2 Ibidem. p. 29.
3 Ibidem p. 39.
4 Ibidem p. 149.
5 Ideas estéticas I, II, p. 42; comentando un pasaje de San Isidoro sobre el Exodo

Ciertamente el Verbo Encarnado no vino a este mundo a enseñar ciencia humana alguna; «pero presentó en su persona y en la unión de sus dos naturalezas el prototipo más alto de la hermosura, y el objeto más adecuado del amor, lazo de unión entre los cielos y la tierra. Por él se vió magnificada con singular excelencia la naturaleza humana, y habitó entre los hombres todo bien y toda belleza... La revelación por el Cristo instauró todas las disciplinas..., aclarando, rectificando y completando lo que entre sombras habían alcanzado por el esfuerzo de su razón los filósofos antiguos». [1]

Los santos Padres y los demás escritores eclesiásticos fueron quienes estudiaron, metodizaron y transformaron en cristiana, la antigua cultura pagana de aquel gran mundo greco-romano, iluminando los más profundos problemas de la filosofía griega con la revelación sobrenatural. «El espíritu clásico ya regenerado por el influjo cristiano; ese espíritu de ley, de unidad, de civilización, continúa viviendo en la oscuridad de los tiempos medios e informa en los pueblos del Mediodía toda civilización». [2]

Esa antigua civilización greco-romana, y cristianizada, y tal como la habían transmitido los Padres de la Iglesia latina, [3] es la que entusiasmaba a Menéndez y Pelayo. De ahí, en gran parte, brotaba admiración por aquella «nuestra Iglesia que se había mostrado tan grande desde sus comienzos, ornada con la triple aureola de sus mártires, de sus sabios y de sus concilios.» [4] Esos sabios españoles cristianos que forzaron esa grandeza fueron: El grande Osio..., aquel ornamento de nuestra Iglesia, varón el más insigne que España produjo desde Séneca hasta San Isidoro». [5] San Gregorio Bético, Idacio emeritense, el Papa San Dámaso, [6] San Paciano de Barcelona, Olimpio, sucesor de San Paciano en la Sede barcinonense, *varón gloriosísimo en la Iglesia y en Cristo*, según el testimonio de San Agustín, San Leandro, San Braulio, etc., y sobre todos San Isidoro de Sevilla.

En San Isidoro de Sevilla ve Menéndez y Pelayo el hombre providencial, que salvó el saber y las tradiciones de la antigua y gloriosísima España romana:

---

1 Ideas estet. I. I. p. 103.
2 Heterodoxos II p. 168.
3 Disc. pág. 144.
4 Heterod. II, p. 133.
5 Heterod. II, p. 34.
6 M. Pelayo le tiene por español.

«El rasgo más capital de su fisonomía literaria es su carácter de conservador y restaurador de las reliquias de la antigua civilización greco-romana, ya cristianizada... El hombre de ciencia, en los primeros siglos de la Edad Media..., no podía ser ni convenía que fuese un espíritu original e inventivo, ansioso de nuevas ideas y explorador de nuevos campos, sino un compilador paciente, un enciclopedista laborioso que, yendo detrás de las pisadas de los antiguos sabios gentiles y cristianos, como la espigadora Rut detrás de los segadores, congregase y reuniese y metodizase en forma de enciclopedia el fruto de la labor de todos, pero reducida a su mínima expresión, a la quinta esencia y al *substractum*; como lo pedían de consuno las necesidades de los tiempos, la escasez de libros, la falta de sosiego, perturbado a cada paso por bárbaras invasiones y violencias, y sobre todo la rudeza de los discípulos y oyentes, salidos muchos de ellos de razas semibárbaras o bárbaras del todo, cristianizadas a medias y no latinizadas más que en la corteza. Ese papel representaron Casiodoro y Boecio en la corte del rey ostrogodo Teodorico, y ese mismo representó con mucha más amplitud y generalidad nuestro San Isidoro en las cortes de Sisebuto y de Suintila... Esto hizo, y por ello merece cuantos elogios caben en lengua humana, más que si hubiera escogitado peregrinos sistemas filosóficos, más que si hubiera asombrado al mundo con la audacia y el brío de sus inspiraciones.

Esta misión providencial de San Isidoro no se ocultó a sus mismos coetáneos. Todos vieron en él algo de predestinación singularísima. San Braulio dice que en él vivía y respiraba toda la ciencia de la antigüedad. [1]

II

LA MAYOR LUMBRERA DE LA IGLESIA VISIGÓTICA

Mediante esa cultura y con la *Regula fidei* de los grandes concilios universales—Nicea, Constantinopla, Efeso y Calcedonia—y de los nacionales españoles—los primeros Toledanos—quedó constituída por modo definitivo la grande Iglesia española visigótica, «la Iglesia de los Leandros, Isidoros, Braulios, Tajones, Julianes y Eugenios», como le gusta llamarla a Menéndez y Pelayo.

Las notas características de esa Iglesia según el gran polígrafo son:

1 Discurso págs. 144-148. Así citaremos en adelante su Discurso sobre San Isidoro, editado en Estudios de crítica literaria, como ya dijimos.

1. La ciencia clásico-eclesiástica y el gigante espíritu latino de que estaban imbuidos los hispanos-romanos [1]. 2. El amor a la justicia y a las leyes morales, lo cual hace exclamar a Menéndez y Pelayo, a propósito de la mención que San Isidoro hace en su crónica de la rebelación de San Hermenegildo contra su padre Leovigildo, diciendo que *tiranizaba* el imperio. ¡Tan poco *preocupados* y *fanáticos* eran los doctores de aquella Iglesia nuestra, que ni aun en provecho de la verdad, consentían el más leve apartamiento de las leyes morales!

3. La firmeza en la fe durante las luchas arrianas en nuestra península. Solo un obispo apostató: Vincencio de Zaragoza. «Todas las sectas y manifestaciones heréticas (en nuestra península) vinieron a estrellarse en el diamantino muro levantado por los concilios de Toledo». [2]

4. El romanismo «de la Iglesia española de aquel período, contra los que la acusan de levantisca y mal avenida con la supremacía del Pontífice, argumento favorito de los jansenistas y de críticos desalumbrados e ignorantes». [3]

La figura más sobresaliente de esa gloriosísima Iglesia española visigótica es, para Menéndez y Pelayo, San Isidoro de Sevilla. Esta idea la puso de relieve en su discurso sobre el Santo doctor.

«San Isidoro, dice, es el siglo VII personificado... entendimiento el más sintético, universal y prodigioso de su siglo; [4] el escritor más profundo y notable del período visigótico y del que puede decirse que comprendía en sus escritos toda la ciencia y cultura de su época; [5] faro y luz esplendidísima para todas las generaciones subsiguientes». [6]

III

EL FORJADOR DE LA UNIDAD ENTRE GODOS Y ESPAÑOLES

La unidad de fe que se consumó, con la abjuración de Recaredo, es una de las mayores glorias de la España visigótica. Unidad mucho más interna que la unidad territorial y política y a la que Menéndez y Pelayo da una importancia extraordinaria. Según él «esa unidad se la dió a

1 Heterodoxos, II, p. 165.

2 Heterodoxos, II, p. 186.

3 Menéndez y Pelayo examina los argumentos con que se ha forjado esa leyenda negra de la Iglesia visigótica y los atribuye a emulación, malevolencia e ignorancia de los enemigos de los obispos y de la Iglesia visigóticos; Cfr. Het. II, p. 193.

4 Heterodoxos, II, p. 214.

5 Boletín. XII p. 116.

6 Discurso, p. 142.

España el Cristianismo y por ella fuimos nación y gran nación en vez de muchedumbre de gentes colecticias». [1]

Para Menéndez y Pelayo esa unidad española de creencias arranca desde el tercer concilio Toledano: «al tiempo que la gente hispano-romana estaba del todo concorde y extinguido ya casi el priscilianismo gallego. Sólo faltaba la sumisión de aquellos invasores (los visigodos) que por rudeza e impericia habían adoptado una doctrina destructora del principio fundamental del catolicismo... (se refiere al arrianismo que niega la divinidad del Verbo). Tan pobre doctrina debió vacilar en el ánimo de los mismos visigodos al encontrarse frente a frente con la hermosa *Regula fidei* de la Iglesia española. Y esta triunfó porque Dios y la verdad estaban con ella; y victoria fué que nos aseguró por largos siglos, hasta el desdichado en que vivimos, el inestimable tesoro de la *unidad religiosa*». [2] Lo que principalmente se oponía a la fusión de las dos razas, la conquistadora y la conquistada, cree Menéndez y Pelayo que fué la diferencia religiosa. Borrada esa diferencia las demás fueron desapareciendo rápidamente, en cosa de un siglo, desde Recaredo a Recesvinto.

El principal factor de esa fusión de los dos pueblos fué la ciencia y la cultura latino-eclesiástica, representada, principalmente por San Isidoro. No la llevaron a cabo la fuerza de las armas sino la caridad, la persuasión y la ciencia. De ahí que Menéndez y Pelayo llame a San Isidoro: «el artífice incansable en la obra de fusión de godos y españoles». [3]

IV

EL GRAN PEDAGOGO Y EDUCADOR DE LA EDAD MEDIA

El grandísimo influjo cultural y educador de San Isidoro lo deduce Menéndez y Pelayo de tres puntos de vista: 1. Su actividad literaria. 2. Su talento organizador, manifestado principalmente en los concilios en que intervino. 3. Su fama de erudito, que le convirtió en una especie de mito de ciencia, en la Edad Media.

1. **Su actividad literaria.** «San Isidoro es el principal representante de su época y el polígrafo que trató de todos los conocimientos hasta entonces conocidos, y formó para aquellos semi-bárbaros y decadentes

1 Heteredoxos, Epílogo.
2 Heterodoxos p. 186.
3 Discurso, p. 146.

una especie de compendio del saber antiguo en aquella parte que había llegado hasta él y que se había salvado en medio del naufragio de la universal cultura, después de la caída del Imperio... Es San Isidoro, un escritor polígrafo de carácter enciclopédico y cuyas obras sólo ceden a las de San Jerónimo y San Agustín, con la notable diferencia de ser las obras de estos últimos sólo de asuntos eclesiásticos, y las de San Isidoro revisten el carácter, como ya hemos dicho, de una enciclopedia» [1]

Señalado por Menéndez y Pelayo ese carácter de San Isidoro de representante del saber de su época y de compilador, según convenía a aquellas circunstancias por que entonces atravesaba la cultura, considera Menéndez y Pelayo a grandes rasgos las principales obras de San Isidoro. Comienza por los tres libros de las «*Santencias, sive de summo bono*»: Es, dice, «un compendio o suma de Teología, así dogmática como moral... Este compendio faltaba en aquel siglo: San Isidoro tuvo la gloria de escribirle, y hacer en pequeño la Suma Teológica del siglo VII» [2] Ese ejemplo de escribir compendios teológicos fué imitado después por San Julián de Toledo, por Tajón y por Pedro Lombardo, *El Maestro de las Sentencias*, el cual título, cree Menéndez y Pelayo que cuadraría mejor a San Isidoro por ser él el iniciador de tales compendios.

También las obras escriturísticas del Santo, merecen para el polígrafo montañés una alta estima, por el método de reducción y de compendio y por los testimonios patrísticos que aduce el Santo, aunque a veces abuse algo de las interpretaciones alegóricas, propias de aquellos siglos.

De las obras históricas hace un gran aprecio, lo cual no tanto aparece por lo que de ellas dice, cuanto del uso que hace de las mismas en sus escritos sobre la Iglesia visigótica.

En las obras gramaticales y en otras más o menos literarias ve el polígrafo montañés no sólo el mérito objetivo filológico literario, hoy tan admirado por las escuelas alemanas de filología de la Edad Media, sino el haberse conservado en ellas muchos trozos de la literatura antigua que de otro modo quizá hubiesen perecido.

La obra que más excita la admiración de Menéndez y Pelayo es «Las Etimologías». Es la *Obra magna* de San Isidoro, como se complace en llamarla el polígrafo montañés. Su carácter es de un diccionario

1 Boletín XII, p. 119 y 121.
2 Disc. p. 149.

enciclopédico, dispuesto no por orden alfabético al estilo moderno, sino por orden de materias. Esa división de materias está hecha según el método del famoso Trivium-gramática, retórica y dialéctica, y Quatrivium-aritmética, geometría, astronomía y música. Tal división, que a primera vista nos puede parecer hoy demasiado pobre, no lo era para aquellas circunstancias. Además se debe notar que bajo el nombre de esas disciplinas se comprendían entonces muchas más cosas de las que hoy se incluyen bajo esos mismos nombres. Así, por ejemplo: bajo el nombre de Gramática se entendían entonces muchas cuestiones de Geografía y de Historia, y bajo el nombre de Dialéctica varias cuestiones metafísicas.

Las «Etimologías», dice Menéndez y Pelayo, son milagro de erudición para aquella edad, y ni Casiodoro, ni el venerable Beda, ni Alcuino, ni Rábano Mauro las igualan. Porque allí disertó el Obispo sevillano de la disciplina y del arte, de las siete enseñanzas liberales, de la gramática y de la métrica, de la fábula y de la historia, de la retórica y de la música, de la medicina y de las leyes, de las bibliotecas y de su régimen, de la disciplina eclesiástica, de la teología, de la Escritura y de las reglas monacales, de las sectas heréticas y de las supersticiones gentílicas, de las lenguas y de los alfabetos, del mundo y de sus partes, de los átomos y elementos, de los fenómenos metereológicos, de las piedras y de los metales, del arte militar y de las máquinas de guerra, y, finalmente, de la arquitectura, de la construcción naval, de las artes suntuarias, de los instrumentos domésticos y rústicos y hasta de los vestidos y manjares». [1]

Después de ponderar Menéndez y Pelayo la riqueza de erudicción recogida por San Isidoro en sus «Etimologías», añade una observación muy atinada que se deduce del carácter de compilación de la obra, es a saber: Las «Etimologías» son una fuente histórica de primer orden, quizá única en su género para conocer la vida cultural y artística de la España visigótica y aun de los demás pueblos que nacieron sobre las ruinas del imperio romano; pero es preciso usar de la cautela debida en el uso de esa obra, como fuente histórica para no atribuir al tiempo y a la sociedad en que vivió San Isidoro, cosas que pertenecen a otras sociedades y a tiempos más antiguos. San Isidoro se sirvió para su obra de libros y escritos, de algunos de los cuales no ha quedado ni rastro en la literatura posterior. [2] En este sentido la obra de Messel: *De Isidori originum*

---

1 Discurso, p. 154.
2 Boletín, p. 194.

fontibus, Augustæ Taurinorum, 1874, ha rendido un notable servicio para el recto uso de las «Etimologías», como fuente histórica.

«La principal gloria de las «Etimologías» y en general de la escuela visigótica, es, no el haber inventado nada, puesto que en aquellos tiempos no se inventaba nada en Europa; sino el haber presentado toda la ciencia hasta entonces conocida con un plan y un método admirables. Y ya que de esto tratamos, bueno es que conste, aun cuando siempre estamos hablando y oyendo que la Sorbona, que la escuela de París ha inventado o trabajado acerca de este punto o del otro, etc., etc., bueno es que conste, repetimos, que antes que Pedro Lombardo escribiera sus «Sentencias», San Isidoro había escrito ya su tratado acerca de esto mismo, y después Tajón dedicó también siete libros a estas materias, como en Oriente podemos citar a San Juan Damásceno; el haber formado con todas estas materias un cuerpo de doctrina, un organismo científico, con método admirable, es gloria debida a los Padres visigodos y principalmente a San Isidoro». [1]

2. **Su talento organizador.** San Isidoro, aparte de sus escritos, tuvo intervención muy directa en los concilios de su tiempo, en los que dejó sentir su gran *influencia,* siendo algunos de ellos presididos por él mismo. De estos concilios hay dos muy importantes: el Concilio Toledano IV y el Hispalense II. En esos concilios dominó el espíritu de San Isidoro, y sus cánones bien pueden decirse inspirados por él. El Concilio Tolenado IV tiene una importancia extraordinaria para la disciplina eclesiástica y para la organización de la Iglesia visigótica.

Bajo el punto de vista cultural se fija Menéndez y Pelayo en el canon 24 del citado Concilio Toledano IV, donde ve el polígrafo montañés la fundación de una especie de seminarios episcopales para la instrucción y educación eclesiástica de los aspirantes al sacerdocio.

A San Isidoro atribuye también la fundación de las escuelas episcopales, mucho más importantes, dice él, para la cultura visigótica que las escuelas monacales. Antes de los concilios Toledanos no se encuentran tales instituciones culturales. Las escuelas catequéticas de Alejandría y Antioquía tenían otro carácter y no pueden confundirse con ellas.

La traducción dada por Menéndez y Pelayo el citado canon 24 del Concilio Toledano IV es la siguiente: «La adolescencia es inclinada al mal y nada más incierto en la vida que los adolescentes; por esto los que se encuentran en el clero deben vivir juntos, cerrados en un mismo atrio

1 Boletín XII, p. 195.

(la clausura), para que pasen los años de esta edad peligrosa, no en la disipación sino en la disciplina eclesiástica, a cargo de un anciano respetable a quien tengan por maestro de la doctrina y por testigo de la vida». [1]

San Isidoro, mediante ese plan de enseñanza que hemos bosquejado, y por la influencia que tuvo en la reforma de las leyes y de la liturgia se convirtió, digámoslo así, en el centro de la vida española, de la cultura de España. [2]

3. **Su fama de erudito.** La tradición de la Edad Media había convertido a San Isidoro en una especie de mito de la ciencia, semejante a lo que los escolásticos hicieron con Aristóteles y semejante a los mitos épicos, y así le atribuyeron obras, méritos y empresas que o simplemente no fueron suyas o en ellas no tuvo sino alguna parte; así por ejemplo la redacción del Fuero Juzgo, la formación de la liturgia visigótica, etc. Casi toda la civilización que desde el siglo VIII al XII, reinó en España se le atribuía al Doctor sevillano. «Por siglos y siglos fué San Isidoro el grito de guerra de la ciencia española: nuestra particular liturgia más que gótica y más que muzárabe, se llama *isidoriana* aunque sus orígenes se remonten hasta los varones apostólicos. *Isidoriana* se llamó la letra de nuestros códices, hasta que los cluniacenses introdujeron la francesa. Con retazos del manto regio de San Isidoro se vistieron y arrearon todos los próceres de nuestra Iglesia. Los libros isidorianos fueron enseñanza asidua en los atrios episcopales y en los monasterios». [3]

Hasta los mismos falsarios se sirvieron del nombre glorioso de San Isidoro para acreditar sus escritos; tal es, por ejemplo, el autor de las Falsas Decretales, y a la sombra benéfica de tal nombre, circularon tales obras por toda Europa.

Está claro que, aun dando su parte al entusiasmo y al aura popular, tuvo que ser muy hondo el surco que San Isidoro abrió en la cultura española: si hay escritor que personifique una época dada es sin duda San Isidoro, respecto de la cultura española del siglo VII, reflejándose en sus obras todo lo que se sabía de la antigüedad hasta entonces y todo lo que podía adaptarse al nuevo estado social, esto es, aquello que podía entrar en las mentes de las inteligencias de los bárbaros. Ciertamente San Isidoro es el gran pedagogo y educador de la Edad Media.

---

1 Boletín, p. 120; Cfr. Mansi, t. X, col. 626.
2 Casi todas estas ideas están tomadas a la letra de Menéndez y Pelayo, Cfr. Boletín, p. 120.
3 Discurso, p. 153.

A través de los escritos del gran polígrafo montañés, hemos bosquejado a grandes rasgos la egregia figura del metropolitano hispalense, San Isidoro, y su extraordinario influjo en la cultura durante toda la Edad Media: «Tanto puede y tan hondo surco abre el trabajo cuando auras del cielo le alientan y cuando la santidad de las acciones realza la sabiduría de los discursos». [1]

Hemos indicado, así mismo, las principales glorias de la Iglesia visigótica, de aquella Iglesia de los Isidoros, de los Braulios y de los Julianes.

«Quiera Dios que el recuerdo de la piadosa sabiduría del Metropolitano hispalense esfuerce y dé calor a mis palabras, para que no caigan como en arena, sino que fructifiquen y labren en nuestros ánimos, e infundan en ellos generosos pensamientos de restauración intelectual y española».

«Vuelvan a andar en manos de nuestros aspirantes al sacerdocio los grandes monumentos de la ciencia católica de nuestros padres; cese ese aluvión de superficiales compendios extranjeros, que desde el siglo pasado inundó nuestras Universidades y Seminarios...; cese el funesto divorcio entre los estudios sagrados y los profanos; y ya que en el actual estado de la enseñanza enteramente laica y secularizada no nos sea lícito ni soñar siquiera, con la esperanza de ver de nuevo (a la Teología) penetrar triunfante en nuestras Universidades para ser de nuevo el eje de oro en nuestra ciencia, trabajemos a una clérigos y laicos, para que la savia del espíritu teológico vigorice de nuevo el entendimiento y el espíritu nacional... Trabajemos con limpia voluntad y entendimiento sereno, puestos los ojos en la realidad viva, sin temor pueril, sin apresuramiento engañoso, abriendo cada día modestamente el surco, y rogando a Dios que mande sobre él el rocío de los cielos». [2]

No seamos de aquellos católicos españoles de quienes dice Menéndez y Pelayo que: «distraidos en cuestiones estúpidas, en amargas recriminaciones personales, ven avanzar con la mayor indiferencia la marea de las impiedades sabias y corromper cada día un alma joven, y no acuden ni a la brecha cada día más abierta de la Metafísica, ni a la de la exégesis bíblica, ni a la de las ciencias naturales, ni a la de las ciencias históricas, ni a ninguno de los campos donde siquiera se dilatan los pulmones con el aire generoso de las grandes batallas!» [3]

J. Ruiz-Goyo.

---

1 Discurso, p. 160.

2 Menéndez y Pelayo, ensayos de crítica filosófica.—Madrid, 1918, p. 305.

3 Ibidem p. 307.